

EL ARTE Y LA CIENCIA DE LA POLITICA

WARD M. MORTON

Si se define la política como el arte de persuadir al mayor número de gentes para convivir con un mínimo de violencia, entonces resultan atendibles ciertas consideraciones que de otro modo no tendrían ninguna explicación lógica posible. Es obvio que una definición como ésta no toma en cuenta muchas cosas que en un examen completo de todos los significados e interpretaciones factibles de la política, serían objeto de atento estudio. Se puede objetar, por ejemplo, que dicha definición se aplica solamente a la política democrática y que no incluye la actividad de ciertos grupos minoritarios, los cuales, aun en las democracias, prosperan por el uso de la violencia, ejercida en sus formas menos impetuosas, o siempre parecen estar al borde de las acciones virulentas. Se aplica, además, en un sentido muy limitado en el campo de la teoría política, para lo que se conoce como "el juego de los números", frecuentemente practicado en Inglaterra, los Estados Unidos de Norte América y otros países. Pero en este juego quienes pierden no pueden ser desechados; porque *tal solución no cabe en política práctica, en virtud de que en este caso concreto los valores numéricos, aunque designados arbitrariamente, representan hombres y no simples residuos de una operación aritmética.*

Continuando con el análisis de la varias veces mencionada definición, parece que ésta es contrariada precisamente por el famoso aforismo de Clausewitz, de que la guerra constituye simplemente una política conducida por un método diferente. Clausewitz, sin embargo, no toma en consideración la política de gobierno autónomo, que tiene como requisito un mínimo de violencia; ni tampoco pudo él prever la naturaleza de la guerra moderna, que convierte la explotación de una política belicosa en un peligro para la civilización moderna. Sin duda la política militarista puede hoy juntar grandes grupos de gente agresiva, unidas por el odio, que representan un poder tremendo y una amenaza cierta, en la persecución de fines destructivos y vehementes. Este tipo de política, de cualquier ángulo que se le mire, presenta tantos peligros pavorosos y una ruina inminente para toda la humanidad en el mundo contemporáneo, que debe ser apreciado como la destrucción de la política en vez de una definición viable de actuación política práctica.

Para lograr que vivan juntos pacíficamente cualquier multitud numerosa de seres humanos, estando llenos de deseos y resentimientos feroces e impulsados por fuertes móviles animales, o a lo menos con un mínimo de violencia, se requiere de todo el talento, de toda la habilidad y de toda la mejor intención de los políticos superiores, y de que estos asuman el mando. En una situación semejante se necesita formular planes cuidadosamente elaborados, de largo y de corto alcance; y asimismo, el uso

más astuto de todas las ciencias que el político pueda manejar en beneficio de la solución más favorable de los problemas comunes. La política así interpretada y sentida resulta absolutamente esencial para el gobierno democrático y para cualquier forma o grado de dominio de un pueblo por sí mismo. Elihu Root, Secretario de Estado de los Estados Unidos de Norte América, cansado de que se dijera de él que era "un político", replicó: "La política es el ejercicio práctico del gobierno autónomo, y alguien tiene que ejercerlo si vamos a tener el gobierno de un pueblo por sí mismo. El principal reproche contra cualquier ciudadano norteamericano debiera de ser EL DE QUE NO ES UN POLITICO". El Presidente Woodrow Wilson, en sus reflexiones sobre el mismo problema, aseveró: "La política es la ciencia de las condiciones de existencia social". Aun cuando la tarea del político se describiese en los términos algo cínicos usados por Jorge Bernardo Shaw, siempre resultaría la política preferible a la violencia. "El político —según Shaw—, quien una vez tuvo que aprender cómo adular a los reyes, ahora tiene que aprender como fascinar, divertir, tentar, engañar, asustar o echar mano de cualquier otro recurso, para cautivar la imaginación y la voluntad de los electores". Y por último, Jaime Ullman, en una de sus novelas, obliga al héroe a admitir y proclamar que "la política es una maldición importante"; y que mientras más revuelto y sangriento se encuentre el mundo, mayor llega a ser la importancia de la política. "La política —asegura el protagonista—, somos mi novia y yo mismo multiplicados un billón de veces (dos billones de personas en lugar de dos) luchando por encontrar una manera de vivir juntos y teniendo muy poco éxito para encontrarla".

La aceptación de una definición de la política como el arte de administrar los intereses comunes con un mínimo de violencia envuelve el reconocimiento de que aun en las sociedades más ricas y más democráticas, la violencia se halla latente bajo la superficie. Los seres humanos, especialmente en los grandes grupos en donde los deseos y disgustos se multiplican muchas veces, se sienten inclinados al resentimiento de modo tan apasionado, que los motivos de reacciones virulentas se encuentran siempre presentes, esperando las circunstancias favorables para estallar. Tan pronto estalla la violencia, solamente la violencia organizada de la sociedad, aplicada por la policía y el ejército, puede restaurar el orden. En consecuencia, un gobierno sin violencia debe de ser un gobierno ejercido por medio del consentimiento. Hasta el grado en que cualquier gobierno puede rebajar el uso de la fuerza, hasta ese mismo grado será un gobierno ejercido por medio del consentimiento, o en el nivel más bajo, un gobierno completamente de aquiescencia.

Debido a que la fuerza es un arma negativa y a que

su uso está restringido por la naturaleza misma del instrumento, la fabricación del consentimiento constituye una de las industrias más grandes de todos los gobiernos contemporáneos. Esta fabricación del consentimiento demanda no sólo la hechura de planes de largo alcance, sino también el empleo de tácticas especiales para enfrentar circunstancias específicas. Con el objeto de evitar la violencia y de fabricar el consentimiento, conviene anticipar las crisis y localizar los lugares de dificultades potenciales. Esta modalidad de elaboración de planes sociales impone el requisito del reconocimiento y comprensión de la sociedad. Por lo tanto, la esencia de la tarea del político (una tarea cargada de graves peligros, debido a la naturaleza de la sociedad moderna), está envuelta en la preparación de programas generales y en la invención de tácticas para obtener el consentimiento máximo y asegurar el mínimo de violencia en la aplicación de estos mismos programas.

El arte de la política se dirige primeramente hacia la selección de programas distintos para situaciones específicas. Dirección, dramatización, escogimiento del tiempo correcto, compromisos, recompensas y pagos políticos componen las técnicas esenciales del arte de la política. Únicamente por estos medios es posible procurar el ascenso mediante el escogimiento entre alternativas difíciles y dudosas para alcanzar un futuro dinámico e inseguro. Algunos observadores de tales tácticas se sienten dispuestos a calificarlas de pactos políticos corrompidos. Los historiadores, quienes ven con mirada retrospectiva tales intercambios entre los intereses especiales, probablemente estarán dispuestos a llamarlos compromisos propios a los estadistas. A veces parece que no hay más un grano de verdad en el decir común de que "un estadista es simplemente un político muerto". Después de la muerte del político, quienes tienen conciencia de la manera cómo él evitó que se rompiera la tela de la sociedad, se sienten inclinados a reconocer cualidades de estadista al político muerto. Pero los políticos, que suben más alto que el nivel ocupado por los meros serviles, entienden que el arte de la política es dirección, escogimiento del tiempo oportuno y dramatización para procurar el consentimiento. Y aun el servil puede contribuir involuntariamente a suavizar situaciones de violencia potencial, ayudando de esta manera a que la tela de la sociedad no se rompa. En este sentido fue que el poeta inglés A. E. Housman, dijo de un ejército de mercenarios:

"Lo que Dios ha abandonado, estos defendieron.
Y por su pago salvaron la balanza universal".

Parece que únicamente por tales medios "políticos" se pueden establecer arreglos tolerables y de este modo, perdurables en los asuntos políticos. El proceso de la redacción y ratificación de la Constitución de los Estados Unidos proporciona una ilustración excelente y aplicable aquí. Si el consentimiento para programas de tan largo alcance pudiese ser asegurado, entonces debieran de ser "formulados" por los políticos, quienes imitan, quizá en forma muy cruda, el arte del actor. Se debe de "proporcionar la acción a la palabra y la palabra a la acción", por

lo menos en forma tal que el programa que se quiera ver aceptado sea entendido por la gente contemporánea y se convierta en un foco de atracción para un gran número de personas. Se debe de "hablar el discurso de la lengua con agilidad y ligereza", con arte suficiente a lo menos para dar la sensación de que saben acerca de qué hablan. Y al fin, se debe de "no romper una pasión al extremo de convertirla en harapos", porque la voz que llega a ser demasiado aguda aun en las actividades políticas, en donde el nivel de habilidad dramática no necesita ser muy elevado, de pronto pierde la capacidad de ser convincente, con excepción de cuando se persiguen fines violentos.

Un político que haya ganado su cargo montado a horcajadas de una pasión demasiado harapienta y rasgada, se encontrará en una situación difícil o quizá imposible para cooperar con los políticos de la oposición que también hayan ganado cargos públicos, hasta el grado de no poder cumplir cabalmente con la atención necesaria de los negocios públicos. La referida situación exige a esta clase de políticos, quienes critican a los otros ídem por concertar convenios corrompidos con la oposición, que se detengan a considerar las consecuencias de lo que hubiese pasado si el conflicto hubiera estallado en serio y adquirido caracteres de ferocidad. El método político, aun en su nivel más bajo y como mera manipulación, es por cierto preferible a la violencia como método sufrible de actuación social. En el caso particular de los norteamericanos es pertinente pensar en eventos no más antiguos que su propia "Guerra de Secesión", espantosa contienda civil con su secuela de hechos sangrientos y consecuencias amargas, para ilustrar esta verdad.

Lord Hankey, en sus conferencias sobre política, intituladas "Romanes", que dictó en 1951, cita una ilustración excelente como testimonio en que el arte de la política siempre viene a propósito en situaciones en las cuales es necesario tomar decisiones; y de que el papel político resulta siempre vinculado a la tarea de procurar el consentimiento para de esta manera rebajar la violencia a su mínima expresión. La inscripción funeraria de KERES, consejero de la reina Aahotep I, en el siglo segundo antes de Cristo, contiene el testimonio de la suerte que constituyó para dicha reina el haber contado con los valiosos servicios de este hábil y sabio político. "KERES, el confidente actual de su reina, a quien las cosas secretas son reveladas, versado en los planes de su reina, transmitiendo asuntos al palacio, descubriendo resoluciones haciendo agradables los asuntos desagradables, de cuya palabra su reina depende, aproximando la verdad, entendiendo los asuntos de la mente, pronunciando discursos en provecho de su reina, de alto y acendrado respeto en la casa de la madre del Rey, de cuantioso pasado en asuntos públicos, excelente en la discusión, reservado en su pensamiento, competente administrador del palacio, boca que no repite lo que oye, oficial que resuelve problemas difíciles". Cualquiera político hábil contemporáneo puede estrechar la mano de KERES a través de los siglos, como la de un colega que supo practicar su arte con brillantez y acierto; y cualquiera que lea los periódicos diarios puede reconocer a KERES, lo mismo que sus problemas y habilidades, entre las noticias políticas que apare-

cén en sus páginas. Para evitar un conflicto de intereses, para hacer agradable lo desagradable, para resolver problemas difíciles, tanto en aquel entonces como hoy se requiere la práctica de todos los recursos del arte de la política.

Cuando se quiera usar, en las actividades humanas, conceptos como fin, plan e intención; cuando se tenga que escoger entre programas posibles y decisiones determinadas, entonces la política es un elemento esencial de la situación planteada. La política se haya envuelta indefectiblemente en la determinación de fines cualesquiera, en la formulación de planes para realizar estos fines, en el proceso de tomar las decisiones imprescindibles para efectuarlos. Aun cuando un científico solitario en su laboratorio determinara por sí mismo qué hipótesis entre varias conviene seguir, cuál entre varios experimentos verificar, y en qué orden y por cuál criterio juzgar los resultados, siempre significará que él se ocupa en las actividades esenciales del proceso político; porque formula planes, pondera alternativas, contrae compromisos, toma decisiones y juzga resultados.

El escritor Ernesto Barker presenta el anterior concepto con mucho lucimiento, en su estimulante obra "EL ESTUDIO DE LA POLÍTICA Y SU RELACION CON LOS ESTUDIOS AFINES". "A mí me parece —dice Barker— que la teoría política se interesa primeramente por el fin o los fines que el hombre se propone alcanzar por sí mismo como un ser moral, viviendo en asociación con otros seres morales; y que al mismo tiempo desea y es forzado a conseguir su fin o fines en el ambiente de la vida común. Constituye un estudio de fines y de los modos de realización de estos fines; y en vista de que los fines tienen un valor supremo y determinan el valor de otras cosas, que a su vez sirven como medios para lograr dichos fines, constituye igualmente un estudio sobre el valor o los valores". Pocas páginas más adelante, el citado autor vuelve al mismo tema. "En sus esencias —prosigue— el problema de la teoría política es constante. Tiene que determinar el fin o valor último que gobierna o fija la vida de la sociedad política. Tiene que descubrir el medio propio y congruente por el que este fin puede ser realizado; este valor último gozado oportunamente".

La formulación de fines y la selección de la táctica más apropiada para realizarlos siempre envuelve juicios de valor con referencia a lo bueno y a lo malo. Y juicios sobre lo que es bueno y lo que es malo son juicios morales; se tocan los dominios de la religión; y últimamente, son adscritos a la prerrogativa de la divinidad. Por lo tanto, como Platón y San Agustín lo vieron claramente, la política es esencialmente "el juego divino" jugado por los seres humanos. "Paz en el mundo, buena voluntad para los hombres" son fines divinos en las actividades humanas, que deben de ser logrados, en lo posible, por medios políticos. Esto se reconoce tácitamente con la caracterización que se hace de Dios como un "gobernante poderoso", "el Rey de Reyes". Por ejemplo, en las líneas finales del MESIAS, de Handel, el coro proclama: "Los reinos de este mundo llegarán a ser el reino de nuestro

Señor Jesucristo y Él gobernará por siempre jamás". Esto es un fin político conseguido por medios políticos en los consejos del cielo, y puede ser cumplido en este mundo por los medios políticos esenciales, a saber: la dramatización, la dirección, el uso del tiempo oportuno, la estrategia, la táctica y el compromiso para procurar la tolerancia y el consentimiento. Los medios políticos son esenciales para el consentimiento libre; y sólo el consentimiento libre puede ser ascenso moral o puede establecer un orden moral. Nuevamente Ernesto Barker está en capacidad de proporcionar una exposición apta y luminosa, pues acerca de este asunto se expresa así: "Todavía la libertad continúa como una cosa preciosa; y una voluntad individual moral, aun cuando tenga que actuar en armonía con otras voluntades semejantes, debe de ser esencialmente libre si quiere ser moral, porque únicamente la acción libre es moral".

Sócrates entendió la política como un juego divino cuando dijo a Meno que la virtud en asuntos políticos era una locura divina, es decir, para alcanzar el bien común de preferencia a las ventajas egoístas personales. La consecución del bien común de preferencia a las ventajas egoístas resulta claramente una locura; pero qué maravillosa y divina locura! Maquiavelo aconsejó al príncipe acerca de la mejor manera de simbolizar y dramatizar el bienestar general y sobre el modo de hacerlo con especial habilidad, cuando se sintiera impelido a cometer un acto vil o egoísta para preservar su gobierno y por medio de éste, al estado. Maquiavelo no estaba simplemente redactando un libro para desarrollar el tema de cómo convertirse en un tirano triunfante; quería convencer al príncipe de la necesidad de dramatizar su actuación de gobernante y de ilustrarlo sobre la manera de restaurar la política autocrática, haciéndolo así comprensible y sufridero para el común de las gentes; quería igualmente mostrar al príncipe cómo convertirlo en el héroe del drama cotidiano y corriente, a fin de hacer su gobierno aceptable para el pueblo y de justificar los sacrificios de ese mismo pueblo en aras del mantenimiento de la vida colectiva.

Tolstoj, en LA GUERRA Y LA PAZ, presenta una admirable ilustración del hecho de que aun el autócrata más absoluto debe de jugar a la política. El príncipe Pablo odia al general Kutuzov; pero el sentimiento público le forzó a condecorar a Kutuzov en una ceremonia pública, que revistió gran vistosidad, después de la batalla de Borodino. Kutuzov a su vez odia al príncipe Pablo; pero ese mismo sentimiento público le obliga a aceptar las medallas conferidas por el Zar. El reconocimiento de Kutuzov de que las condecoraciones respondían a una demanda del sentimiento público, le hizo derramar lágrimas en dicha ceremonia. Este drama político sirvió para consolidar la opinión pública y para conseguir el valor público necesario, a fin de que Rusia se fortaleciera en la terrible tarea de resistir a Napoleón

Pero insistir en que la esencia de la política es un juego divino y que la política es, en el fondo, la más compleja y peligrosa de las artes, no equivale a decir que la política puede ignorar los otros campos del conocimiento.

La actuación realista de los políticos en el desarrollo de los fines, programas y tácticas requiere que estos se aprovechen de la mejor información que pueden proporcionar y de las mejores conclusiones a que han llegado todas las otras materias de estudio. La historia constituye una de las fuentes más obvias de la política; y ésta debe aprovecharse de los mejores recursos históricos posibles. El famoso historiador inglés Juan Seely compuso un discurso, que usaba para ilustrar este punto:

"La historia no da frutos sin las ciencias políticas
La ciencia política sin la historia no tiene raíces"

Sociología, antropología, economía, derecho y todos los otros estudios sociales han aportado un considerable número de datos y de percepciones que el político ni puede ni debe ignorar.

La política debe mantenerse en relación con la filosofía, en virtud de que los fines de aquella se renuevan y se redefinen continuamente. El drama, la literatura y las bellas artes tienen las llaves de la casa de los tesoros, y sólo de esta casa los políticos pueden renovar y revitalizar el fausto, los símbolos y el lenguaje en el momento oportuno y vistiéndolo con el ropaje apropiado al arte de la política. La antigua afinidad entre el poder político y la habilidad para hablar en forma dramática, movida y persuasiva, constituye un elocuente testimonio de la preponderancia y fuerza directora que en todas las épocas ha otorgado el pueblo al uso diestro del discurso. Un catálogo de grandes oradores es casi un catálogo de grandes estadistas, desde Pericles hasta Churchill. Un catálogo de oradores hipnotizadores es casi un catálogo de demagogos, desde Alcibíades hasta Fidel Castro.

No solamente las ciencias sociales sino también las ciencias físicas amontonan en el perímetro de la acción política, nuevos, abundantes y mejores datos. Las ciencias físicas proporcionan una cantidad crecida de la materia prima de la política. Las estadísticas del incremento de la población, de los grupos viejos y de las muestras de la opinión pública evidentemente exigen la atención del político. Y apenas una pequeña distancia de los anteriores datos separa, en su impacto en la política, a los informes mejorados sobre agotamiento de los recursos naturales, reservas de agua para fines industriales y de irrigación, energía atómica etc., todos girando alrededor de consecuencias demasiado peligrosas para ignorarlos. Además, en un período como el presente, de aparato científico costoso y de investigaciones de gran alcance cuyas realizaciones, verificadas por grupos de científicos, demandan enormes gastos al tesoro público, la política juega un papel vital en el tipo de ciencia moderna que una sociedad puede producir. Cuando la política determina en grado insuperable el señalamiento de partidas disponibles en un presupuesto nacional con fines de investigación y promoción científicas, los hombres de ciencia no tienen otra alternativa que participar en la política de sus respectivos países, por muy renuentes que sean a esta clase de actividades. Esto es especialmente cierto

cuando los políticos son propensos a ignorar, a entender en forma incompleta o a interpretar de manera impropia, los datos de la ciencia. Por muy ingenuos que sean los científicos con respecto a los detalles de la política, tienen que enterarse penosamente de que la política, en la civilización contemporánea, no puede soportar el tratamiento casual y a veces de desprecio de la ciencia, aunque los políticos lo permitan de vez en cuando.

El hecho de que las ciencias físicas amontonen en forma creciente en el perímetro de la política, los datos mejorados no significan que una "ciencia política" completamente precisa y predeterminada esté lista para posesionarse del lugar que ocupa la política. Por lo tanto, todos los esfuerzos realizados hasta ahora para reducir la política a una ciencia han fracasado. La práctica de la política, en la actualidad, carece de algunas de las características esenciales de la ciencia, como la de ser capaz de un alto grado de precisión en las definiciones y en las mediciones, y de producir resultados de un alto grado de producción. La política exhibe características de dinamismo y complejidad, las que hasta hoy han desafiado la precisión en las definiciones y en las mediciones, y el grado de producción indispensable a las ciencias físicas. De hecho, la inclinación parece que toma un rumbo contrario. La ciencia tiende a ser más sofisticada, al enfocar las técnicas de análisis científico en los métodos de la ciencia propia. Este proceso parece demostrar que los fines por los cuales los experimentos científicos son efectuados y que la escogencia de los métodos afectan los resultados en grado perceptible. Asimismo parece que la ciencia propia es lenta en librarse del determinismo completo y en hallar algún lugar para los fines; y que la imaginación de científico está insinuándose de nuevo en la ciencia.

Los políticos, por su parte, han entendido tan en grado ínfimo de la ciencia de que han hablado los científicos puros, quienes antes tuvieron mayor responsabilidad en el desarrollo de la ciencia, al imbuirlos con un pequeño elemento de libre escogimiento y de imaginación. J.W.N. Sullivan, en su libro "LOS LÍMITES DE LA CIENCIA", presenta el dilema del científico frente a la ciencia misma, en estas palabras: "el universo de la ciencia, así aceptado como la realidad final, hace del hombre un producto accidental, derivado de una grandísima máquina matemática que carece de mentalidad propia y de intención. Y los hombres de ciencia son lo suficientemente humanos para no encontrar desconcertante esta conclusión". Este particular aspecto del punto de vista científico es motivo de especial tristeza para los científicos, porque lleva implícito el concepto de que toda acción humana está predeterminada de tal modo que conduce todas las acciones humanas a un fin inevitable e insensato; y con esto, asimismo a todas las actividades científicas.

Ya los científicos han logrado percibir que la ciencia debe de basar sus hipótesis en el postulado de un universo arreglado metódicamente, pues de lo contrario la mente del hombre no puede comprender nada con claridad. Las especulaciones se deben de apoyar en el pos-

tulado de un universo dinámico, o el espíritu del hombre lo rechazará. Así, en dos direcciones, desde adentro por su propia disciplina y desde afuera por el impacto social de la ciencia y por la influencia de la política en la ciencia, los políticos han llegado a encontrarse envueltos por la política. Al principio este envolvimiento pasaba con frecuencia inadvertida y traía consigo consecuencias trágicas, como en el caso de Oppenheimer. La tragedia, en el caso de Oppenheimer, se dividió en dos direcciones: sus consecuencias trágicas en la comunidad científica por la restricción del entusiasmo y de la imaginación, como motores indispensables para la prosecución de las actividades científicas; y sus consecuencias devastadoras en el progreso científico de los Estados Unidos.

El impacto evidente de los datos científicos sobre los problemas sociales y las consecuencias devastadoras para la ciencia por la ingerencia inculta de la política en la ciencia, han obligado a los políticos a interesarse cada vez más por obtener una mejor y más completa información científica y por conocer más a conciencia los métodos científicos. Los políticos inteligentes, aunque algo tarde, están desarrollando un vivo y serio interés, en ocasiones aprensivo, hacia la ciencia. Por ejemplo, en las audiencias de las comisiones del Congreso Nacional de los Estados Unidos, después de la segunda Guerra Mundial, se ha invertido mucho tiempo en verificar importantes seminarios con el deliberado propósito de que los científicos más caracterizados instruyan convenientemente a los políticos en las realidades de la ciencia. Este entendimiento ya empieza a diseminarse entre los políticos, la idea de que un pueblo no puede desatenderse de la ciencia ni permitir que sus políticos envuelvan a los científicos en un juego de intimidación, sin exceptuar desde luego el peligro pavoroso de una ciencia desatada e inhumana. Por consiguiente, la política moderna se está convirtiendo más y más cada día en el lugar propicio para el encuentro del sentimiento público y de la ciencia contemporánea; en el sitio donde los fines deben de ser reconciliados, los escogimientos determinados y las decisiones tomadas.

Para que la política sirva como el referido lugar de encuentro entre el sentimiento público y la ciencia de nuestros días, el político necesita dominar todas las mejores habilidades del arte esencial de la política con respecto a la determinación de propósitos, al escogimiento entre decisiones difíciles y a la aceptación de resoluciones penosas. Del mismo modo que KERES, el político debe "encontrar soluciones"; debe "hacer agradables las cosas desagradables"; debe de ser "provechoso en la discusión"; y debe de "resolver problemas difíciles". En cuanto el político practica su arte efectivamente, participa de la suerte y de los problemas del artista moderno, lo que Elie Faure, notable crítico de arte, de nacionalidad francesa, expresa tan poéticamente en "El espíritu de las formas": "la obra del artista moderno, expresando el drama general plástico, resulta para todos nosotros lo más mordaz, porque intenta imponer leyes más durables y estáticas en la imagen de la vida, la cual se siente continuamente más mudable y más envuelta en el futuro mediante los impulsos de un dinamismo más imperioso". El orgullo y el peligro de la política de hoy estriban en

que ésta ha sido forzada a reconocer y a intentar la asimilación de un número creciente de información científica que se ha ido acumulando continuamente en el perímetro entero de las áreas en que se forman los fines y en que se toman las decisiones; áreas en las que sólo el político debe operar. Esta región de la política moderna constituye, además, una arena movediza en la cual las consecuencias de un escogimiento equivocado puede resultar infinitamente más pavoroso de cuanto era posible esperar antes, frente a un futuro más complejo que se acerca a una velocidad que causa vértigo y temor

La presión peligrosa de las ciencias físicas sobre todas las formas del arte moderno ha llevado a algunos teóricos políticos, así como a algunos artistas, al extremo de abandonar el campo entero a favor de los científicos. En el arte, el retraso se ha manifestado por la expresión del mundo visible en la forma de diseños geométricos "no representativos" o en formas de casualidad, las cuales no tienen significación, excepto para los otros miembros de la misma escuela o tendencia. Pero con el tiempo la gente siente la necesidad de realizar escogimientos y correr así la posibilidad de que les resulten equivocados los esfuerzos para producir una política sistemática y científica, la que únicamente puede tener éxito en el perímetro y no en el centro. El esfuerzo para excluir el dominio de los fines, del escogimiento y de la toma de decisiones ha ganado con frecuencia sólo el resultado de producir un tipo de idioma pseudocientífico, de las llamadas "ciencias de conducta social", verdaderas galimatías que ni los políticos ni el público pueden comprender

La necesidad de actuación política todavía persiste, porque siempre persiste la necesidad de formular fines, de efectuar escogimientos, de determinar y señalar responsabilidades morales, y además, la posibilidad de cometer errores. Mientras exista el dominio de la actuación política, las artes públicas del político continuarán siendo requisitos imprescindibles en la vida de los pueblos; y ni las ciencias físicas ni las ciencias sociales serán capaces de hacerlas desaparecer. El político, como "la piedra rechazada por los constructores", es aún indispensable como piedra angular de cualquier estructura social, fundada con fines conscientes, juzgada con responsabilidad moral y construída con saber humano y por seres humanos. El político es semejante al hombre de los siguientes versos, según los cuales siendo invisible se rehusaba a desaparecer:

"Ayer en la escalera ví
un hombre que no estaba allí.
Hoy tampoco allí ha estado,
¡quiera Dios se haya esfumado!

Este hombre, el político, no desaparecerá, porque nosotros todavía exigimos sus servicios en la dramática y trágica esfera de las actividades y de las responsabilidades públicas.

(NOTA: Ward M. Morton es profesor de Sociología en la Universidad de Southern Illinois, Carbondale, Illinois, U S A)